

CAPÍTULO DÉCIMO SEXTO:

AMBICIÓN

El "Azote de las Estrellas" se dirigió implacablemente hacia un asteroide, y Gunjin era el único ocupante vivo. La cápsula de escape de Taigun vagó erráticamente por el campo de asteroides hasta desaparecer de la vista, y el caza de Seiza y Hoox se alejó del "Azote" haciendo una hábil curva, esquivando más asteroides.

-Debemos estar cerca de la salida -dijo Seiza desde su puesto de piloto-. Probablemente, los piratas se ocultaban aquí porque sea fácil entrar y salir desde este punto.

Hoox gimió algo; él estaba sentado en el puesto de artillero, pero Seiza dudaba que fuese capaz de coger los controles si hiciese falta.

-¿Qué has dicho? -preguntó Seiza.

-Si... si el "Azote" tenía un buen piloto... -dijo Hoox, entrecortadamente y parando muchas veces para respirar-. Si el piloto era sólo... la mitad de bueno que tú... tal vez se arriesgarían... a ir más adentro.

Seiza sonrió por el cumplido, pero no sólo no lo agradeció verbalmente, sino que le reprochó su actitud.

-Eres demasiado negativo -dijo ella-. Encontraremos la salida de este cinturón de asteroides sin problemas. No es mucho más que deshacer el camino que anduvimos para entrar.

Hoox profirió un sonido que quizá empezaba en protesta y terminaba en dolor. Seiza comprendió lo mal que estaba. Alguien sin los conocimientos y habilidades de Hoox habría caído inconsciente hacía mucho.

-¿Hoox? -preguntó Seiza.

Hoox gruñó algo para afirmar que estaba escuchando.

-¿Por qué te enfrentaste a ese gigante sin armas? -dijo Seiza.

-... protegerte -fue todo lo que entendió Seiza de la respuesta de Hoox.

-Yo tenía un sable de luz -dijo Seiza-. Podría haberme encargado de él mejor que tú.

El cabello de Hoox chorreaba un sudor que caía sobre sus piernas porque él se inclinaba hacia adelante para soportar mejor el dolor. Más que ninguna otra cosa le hubiese gustado quedarse dormido y dejar de hablar, pero Seiza merecía una explicación.

Ahora, si él pudiese encontrarla...

-Tú debías reprogramar... el ordenador de la nave... -improvisó Hoox-. Si hubieses luchado y perdido, los dos habríamos fracasado... Yo era prescindible. Tú no.

-Pero cuando apareció el gigante, tú ya estabas herido -dijo Seiza, que ya había encontrado una salida del cinturón de asteroides.

-Irrelevante -la interrumpió Hoox-. Era una herida... superficial.

-De todos modos, fue muy valiente por tu parte -el caza se acercó rápidamente hacia un hueco en el laberinto de cuerpos astrales, y emergió hacia la noche-. Gracias.

Hoox volvió a gruñir. Seiza pensó que, probablemente, estaba molesto por el cumplido, pero a ella no le importaba.

El caza voló a través de la noche, con cierta tranquilidad. Seiza dirigió el caza hacia el planeta Gadamar y dejó los controles en el automático. El bloqueo sobre el planeta parecía haber cesado, a juzgar por las lecturas de los sensores.

De cualquier modo, el viaje a velocidad sublumínica les llevaría un buen par de horas. Seiza conectó todos los sistemas necesarios del caza, e intentó ponerse cómoda en el asiento. En realidad, era mucho más fácil ponerse cómoda sin esa estúpida capa, pero tampoco podía esperarse demasiado confort en una cabina tan pequeña.

Poco después de empezar el viaje, Seiza había intentado llamar la atención de Hoox para conversar un rato más y amenizar un poco la travesía. Al no oír respuesta alguna, Seiza intentó contactar con Hoox usando sus poderes de la Fuerza.

El imperial había caído inconsciente. Los múltiples rasguños que había recibido en Stige nunca se habían curado del todo, mucho menos cuando Hoox había insistido en hacer proezas acrobáticas y de combate. Sobre todo, los golpes que le había dado Darth Ksar habían causado daños especialmente graves. Después, el disparo del pirata. Y, por último, un montón de costillas rotas.

Habría sido literalmente imposible que Hoox no cayese inconsciente con todos esos daños. De hecho, la Fuerza reveló a Seiza que Hoox apenas se mantenía vivo, y no seguiría vivo mucho más tiempo si no recibía cuidados médicos rápidamente. Lo único que le había impedido morir era su cabezonería.

Seiza se sorprendió a sí misma cuando comprendió que admiraba a ese hombre. Había descubierto que Hoox era un hombre valiente y un noble guerrero. Y, probablemente, un digno gobernante para el sector. Seiza iba a tener que discutir con Ashla largo y tendido sobre este tema.

Ella ya se imaginaba al viejo maestro regañándola por haber creído las mentiras que Hoox le contó. Pero no eran las mentiras de Hoox. Manendra había confirmado al menos algunas.

Claro que, sin duda, Ashla tenía sus motivos. Es decir,

Ashla sabía la verdad. ¿Cuáles eran entonces los motivos que le impulsaron a hacerle...?

Seiza comprendió que esa cadena de pensamientos no le iba a llevar a ninguna parte: Tendría que compartir con Ashla lo que había descubierto, pero hasta entonces, no adelantaría nada dándole vueltas.

Eligió, por el contrario, entrar en un trance de meditación Jedi que le permitiría entrar en contacto con la Fuerza a un nivel más profundo. Reduciría sus necesidades de consumo de agua o aire, ignoraría las heridas, el dolor y el cansancio que sentía por todo su cuerpo y además se le pasarían más rápido las largas horas hasta llegar a Gadamar.

-¿Capitán Tryskho?

La nave insignia estaba oculta detrás de una de las lunas de Gadamar.

Cuando Hoox desapareció en el cinturón de asteroides, Tryskho ordenó no comunicárselo a nadie, y todos los que estuviesen informados debían guardar silencio. Tryskho estuvo a punto de ordenar la ejecución de los dos pilotos del Escuadrón Oscuro que habían visto lo sucedido, pero no se atrevió: Si Hoox volvía, se enfadaría mucho. Además, eran dos de los mejores pilotos que le quedaban.

Tryskho mantuvo el bloqueo sobre Gadamar un rato más para guardar las apariencias, pero el Gremio de Cazarrecompensas no tardó en llamarle. Tryskho despreciaba a los cazarrecompensas, pero sabía que el Gremio era lo único que impedía a los hutts controlar totalmente Gadamar.

Un representante del gremio exigía saber cuánto tiempo duraría el bloqueo. Seguramente, Hoox habría podido negociar con ese cazarrecompensas, quizá intimidarlo. Pero Tryskho no fue capaz, y lo único que consiguió fue tener que dar explicaciones de cara al sector privado.

Tryskho se inventó rápidamente una historia sobre que el bloqueo ya había dado el resultado apetecido y que un peligroso terrorista no había logrado escapar y se estaba pudriendo en las celdas de la misma nave insignia.

El cazarrecompensas exigió saber porqué entonces no se había retirado el bloqueo. Tryskho estaba muy nervioso, pero la baja calidad de transmisión le permitía ocultarlo. Se le ocurrió que estaban interrogando al terrorista por si tenía algún cómplice en Gadamar. De todos modos, Tryskho comunicó oficialmente al Gremio de Cazarrecompensas que retirarían el bloqueo en menos de veinticuatro horas. El cazarrecompensas consiguió regateárselo hasta las dieciocho y, si el bloqueo seguía allí para entonces, los impuestos a los cazarrecompensas en Gadamar serían todavía más reducidos.

Tryskho cedió bajo la presión del cazarrecompensas: El bloqueo no seguiría allí mucho más tiempo.

La tripulación, su tripulación, no tardó en solicitarle órdenes. Tryskho se sentó en la silla del almirante, abrumado por el peso de la responsabilidad, pero consiguió improvisar una estrategia racional: La nave insignia entraría en el hiperespacio hasta el punto civilizado más próximo disponible, y volvería después, pero ocultándose detrás de una luna de Gadamar. El navegante le informó de que serían dos horas y media de ida y otras tantas de vuelta. Después, cuando la nave insignia estuviese oculta, el resto del bloqueo se podría retirar. Él esperaría el regreso de Hoox y/o de Sanui, y mientras tanto los gadamarianos podrían relajarse.

Antes de irse, Tryskho solicitó un escuadrón de cazas TIE de otra nave comandante, para cubrir las bajas sufridas. Mientras les esperaba, recibió comunicación de la guarnición de Gadamar. Al parecer, habían encontrado algo que no sabían lo que era, y les faltó tiempo para pasarle el gerkelweize caliente a otro. Tryskho no sabía cómo librarse de ellos, así que aceptó enviar una lanzadera a la superficie de Gadamar para que le entregasen su paquete sorpresa.

Tryskho había recibido los TIEs y, media hora después, llegó la lanzadera. Al menos, pensaba el capitán, las órdenes eran obedecidas. Pero, cuando vio lo que llevaba la lanzadera, él no tuvo la menor idea de qué se trataba, y Nokeis tampoco lo sabía. Tuvo que ordenar que se iniciase una investigación.

Pero, en cuanto la lanzadera estuvo a bordo, dieron el salto al hiperespacio programado. Cuando llegaron, antes de volver, Tryskho tuvo que comunicar con la gobernadora jawa para decirle que Hoox no podría ser molestado hasta nuevo aviso. Ella, aprovechando que Tryskho estaba dejando el cuello al descubierto, atacó y pidió carta blanca a la hora de tomar decisiones. Tryskho estaba agotado, pero él se la negó. Discutieron durante varias horas, y al final Tryskho tuvo que aumentarle el presupuesto, pendiente de confirmación cuando pudiesen hablar con Hoox.

"Me va a matar", pensaba Tryskho, deprimido mientras notaba cuán grande le quedaba la silla de Hoox. "Nunca seré almirante".

Ya llevaban demasiado tiempo ocultos detrás de la luna, y Tryskho temía que el equipo de algún cazarrecompensas les encontrase.

Entonces, apareció un joven teniente. Tryskho le miró, y lo primero que pensó fue que había mentido sobre su edad para poder alistarse.

-Dígame, teniente -dijo Tryskho, intentando imitar el tono de Hoox. En cuanto hubo terminado de decirlo, ya lo estaba lamentando; la imitación había sido demasiado mala. Apoyó la frente en una mano, y el codo en uno de los brazos de su silla.

-Capitán, señor -dijo el teniente-. Nuestros sensores han detectado un caza saliendo del... del campo de asteroides.

Tryskho levantó la cabeza en gesto de sorpresa. El campo de asteroides. El lugar donde se había visto a Hoox por última vez...

-¿TIE? -preguntó.

-Modelo no identificado -dijo el teniente-. Pero no es un TIE. No uno de los nuestros, al menos.

Tryskho movió sus pupilas hacia un lado, asustado. ¿Y si otro antiguo sirviente del emperador autoproclamado señor de la guerra estuviese intentando hacerse con el sector Junagadh? Tal vez explicaría lo del "regalo sorpresa" de la guarnición...

-¿Qué sabemos? -inquirió Tryskho mientras se levantaba.

-Se detectan dos formas de vida a bordo -informó el teniente-. Suponemos que son un piloto y un artillero. Tiene escudos, por eso sabemos que no es un TIE. Se dirige hacia Gadamar; calculamos que tardará unos quince minutos en llegar.

Tryskho movió sus pupilas hacia otro de sus hombres.

-¿Nokeis? -dijo, sin mirarle directamente -. ¿Podemos interceptarlo?

-Por supuesto -explicó Nokeis.

-¿Sin que nos vean en Gadamar? -especificó Tryskho.

Al comprender a qué se refería Tryskho, la parte humana de Nokeis sonrió mientras una supercomputadora realizaba cálculos. ¿Era posible cazar a la presa sin dejar de estar protegidos por la sombra de la luna? Hipotéticamente aceptable, puesto que la luna había girado hasta ponerse parcialmente entre el planeta y el cinturón de asteroides.

-68.3% de posibilidades -enunció Nokeis, dos segundos después-. 79.4% si yo dirijo la maniobra.

Nokeis se refería a elegir el segundo exacto y el ángulo exacto para darle al rayo tractor; sus implantes cerebrales le permitían realizar esos cálculos matemáticos con la precisión de un ordenador.

-¿Consecuencias del fracaso? -preguntó Tryskho.

-Se nos escaparía -dijo Nokeis.

-Permiso para hablar -dijo el teniente.

-Adelante -dijo Tryskho, que veía cómo se le acababan las opciones.

-Si se nos escapa ahora -explicó el teniente-, podemos cogerle antes de que llegue a la órbita de Gadamar.

-Pero seríamos visibles desde Gadamar -dijo Tryskho.

-No necesariamente -continuó el teniente-. Incluso una nave comandante tan grande como ésta puede mantenerse oculta aprovechando la atmósfera planetaria. Si nos acercamos demasiado, nos verán, sí. Pero podríamos acercarnos sólo lo justo para que no nos vean, intentar coger al caza, y volver a irnos antes de que esos cazarrecompensas nos vean.

-¿Es factible? -preguntó Tryskho a Nokeis, esta vez mirándole directamente.

-Mucho más difícil -admitió Nokeis-. Diría que sólo un 34% de posibilidades de éxito.

-Pero es un plan B -dijo Tryskho-. Si el plan A fallase, ¿podríamos llevar a cabo el B?

-Podríamos intentarlo -dijo Nokeis-. ¿Cómo de importante es ese caza?

-Preferiría cogerlo sin que se enterasen en Gadamar -dijo Tryskho-. Pero el plan C es entrar en la atmósfera de Gadamar y coger ese caza aunque haya que bombardear todo el planeta.

El teniente tragó saliva visiblemente; Nokeis no pareció alterarse.

-Procedan -dijo Tryskho.

Tryskho se retiró de nuevo a la silla del almirante. Quizá la parte de negociar con los civiles no fuese tan satisfactoria, pero dirigir maniobras militares...

Sí, eso sí que le gustaba.

Seiza se despertó cuando el caza empezó a vibrar irregularmente. Con la repentina deceleración, Seiza casi se golpea la cabeza contra el tablero de mandos (afortunadamente llevaba puesto un casco). Se recuperó y miró rápidamente a su alrededor; aún faltaba algo de tiempo hasta que llegasen a Gadamar, pero ya estaban acercándose a la órbita. De hecho, estaban a punto de pasar una de las lunas de Gadamar.

Seiza miró hacia arriba, hacia la cara oculta de esa luna, y comprendió porqué el caza se había detenido. Después, intentó forzar su vista para identificar el modelo de nave. El rayo tractor era bastante potente y preciso, así que Seiza dudaba que se tratase de otra nave pirata.

Esa forma triangular... Tamaño aproximado...

Seiza entrecerró los ojos para identificar mejor la nave hacia la que se estaba acercando, intentando conseguir una confirmación absoluta. Era difícil; la sombra de la luna apenas permitía ver la silueta de la nave perfilada en negro sobre más negro. Pero...

-¡Hoox! -gritó Seiza-. ¡Hoox! ¿Estás despierto?

-¡Sí! -dijo Hoox-. ¿Qué pasa? Desde mi puesto, no tengo vector de visión.

-Tu nave insignia nos ha cogido en su rayo tractor -explicó Seiza-. Supongo que habrá algún quirófano a bordo, porque para salvarme sufriste heridas muy graves.

-Espero -dijo Hoox- que no se te ocurra darme consejos cuando estemos a bordo. Minarías mi autoridad ante mis hombres.

Seiza sonrió. Era tan terco...

-Está bien -acepto Seiza.

El altavoz del caza zumbó para avisar que se iniciaba la

comunicación.

-Atención, caza no identificado -dijo una voz deformada pero reconocible-. Aquí el capitán Tryskho. Será usted sujeto de una inspección rutinaria gubernamental. No intente oponer resistencia. Cuando llegue al hangar, toda la tripulación y pasajeros desembarcarán.

El bueno de Tryskho, pensó Hoox. Había logrado improvisar una excusa aceptablemente razonable, legal aunque no totalmente justa, para justificar la inspección de cualquier nave que entrase o saliese del campo de asteroides. Y, a juzgar por lo que veía alrededor de Gadamar, había retirado el bloqueo, pero manteniendo la vigilancia. Hoox sonrió.

-Yo hablaré, Seiza -dijo Hoox. No era como si le estuviese dando una orden; si Seiza hubiese querido hablar, el tono de Hoox estaba abierto a réplica.

Cuando activó el comunicador, sin embargo, Hoox cambió el chip. Su semisonrisa se torció en una mueca autoritaria y sus ojos relajados pasaron a ser los de un depredador.

-Al habla el almirante Hoox, capitán -dijo, con una voz que habría podido dar órdenes a un dios-. Espero tener una recepción adecuada cuando suba a bordo. También será buena idea preparar un tanque bacta.

Hoox no utilizó una forma verbal en imperativo en ningún momento, pero cuanto decía era claramente una orden.

Tryskho se quedó con la boca abierta, en busca de palabras, y su mandíbula vibró mientras el único fonema que se le escapaba era la consonante "k". Aunque el capitán habría reconocido la voz en cualquier situación, aunque ya la había reconocido, Hoox sabía que sus técnicos estaban comprobándolo. Si Tryskho se comportaba con profesionalidad, cortarían la comunicación con el caza para que no se oyese a los técnicos diciéndole que era efectivamente Hoox.

Durante un tiempo, el comunicador no dijo nada, y Hoox sonrió. Seiza también se permitió una sonrisa.

-Almirante -dijo Tryskho a través del comunicador; la recepción era bastante mejor ahora porque se había molestado en buscar la frecuencia ideal para enviar el sonido-, quisiera comunicarle que estamos todos increíblemente contentos de saber que se encuentra usted...

-Tryskho -le interrumpió Hoox-, no tardaré en estar a bordo y todavía no se ha afeitado.

Tryskho se llevó la mano a la cara; efectivamente, unos cuantos cabellos habían surgido en su mentón. Desde que inició la jornada, los demás tripulantes habían cambiado de turno tres veces, pero él no se había atrevido a delegar su puesto y nunca se había retirado a dormir... ni a afeitarse.

-Recibido, almirante -dijo Tryskho-. Espero impaciente su... Su regreso. Señor.

-Corto y cierro -dijo Hoox.

Hoox se relajó de nuevo; toda esa tensión de ser oficial superior otra vez, casi hizo que se le abriesen las pocas heridas que había logrado cerrar durante el viaje.

-¿Hoox? -dijo Seiza.

-Dime -dijo Hoox.

-¿Cómo supiste que no se había afeitado? -preguntó Seiza-. ¿Usaste la Fuerza?

-En realidad, no lo sabía -respondió Hoox-. Aposté a que habría preferido quedarse en su puesto y no retirarse durante la noche. Y gané.

Seiza sonrió por la explicación, y entonces se fijó en que el caza ya estaba prácticamente entrando en la nave comandante, mucho más grande.

-¿Necesitarás que te ayude a bajar? -preguntó Seiza.

-¿Qué te he explicado hace un momento? -respondió Hoox, con un tono amistoso pero algo cansino.

-Ya sé lo de la autoridad ante tus hombres -dijo Seiza-, pero me siento mal. Recibiste esas heridas por mi culpa.

-Aguantaré lo bastante para llegar al tanque bacta -dijo Hoox-. Pero gracias por preocuparte.

Seiza casi podía oír la sonrisa que acompañó a las últimas palabras, y eso le ayudó a sentirse mejor. Hoox habría aceptado su oferta si no hubiese tenido que... Bueno, habría aceptado si hubiese podido hacerlo.

El caza aterrizó en el interior de la nave insignia de Hoox. Seiza estaba aturdida por el despliegue que había a su alrededor. Ella ya había estado en naves comandante antes, pero únicamente en misiones de "entrar-golpear-y-salir-rápidamente", o incluso de sólo la última parte, cuando lograban capturar su nave.

El suelo, las paredes, el techo, todo estaba impecable, limpio y reluciente. Miles de soldados de asalto, tal vez decenas de miles, en perfectísima formación, mostraban sus rifles bláster y sus mejores armaduras blancas, salpicado el mosaico impoluto con las zonas totalmente negras de los pilotos de caza TIE. Los oficiales también presentaban sus uniformes de gala. Seiza pensó en el papelón que iba a hacer cuando descendiese del caza con esos harapos a los que ella tenía que llamar ropa. Aunque la verdad era que Hoox también daba bastante pena.

Seiza posó suavemente el caza sobre el punto que las tropas habían dejado vacío para ello.

-¿Quién baja antes? -preguntó Seiza.

-Tú -dijo Hoox-. Estás más cerca de la escotilla, y yo tengo que reptar y tardaría más.

Seiza aceptó. Abrió la escotilla del caza y descendió de un salto; ya que no podía contar con que su aspecto fuese impresionante, sus movimientos tendrían que serlo.

Frente a Seiza había varios oficiales imperiales de

aspecto serio y formal. No reconoció sus rostros, pero el que estaba más adelante llevaba en su pecho la insignia de capitán.

Hoox descendió de la nave varios segundos después que a Seiza se le hicieron demasiado largos con tantos imperiales alrededor. El almirante casi cayó desde el caza, pero hizo una pequeña pirueta para aterrizar sobre sus pies y mantener el equilibrio. Sin embargo, era incapaz de permanecer erguido e inclinaba la cabeza hacia adelante.

En cuanto el almirante pisó la nave, todos los soldados mostraron sus armas en una cuidadísima coreografía y los oficiales de mayor rango hicieron resonar sus tacones.

Hoox avanzó lentamente hacia los oficiales, prácticamente arrastrando uno de sus pies. El capitán comprendió que el almirante estaba malherido, pero no se atrevió a moverse. De hecho, no movió nada salvo sus ojos. El capitán comprendía que Hoox no iba a aceptar su ayuda.

Así que permaneció en posición de firmes.

Hoox llegó hasta él al fin. Al estar tan encorvado, el almirante tenía que mirar hacia arriba para poder ver al capitán, que normalmente era el más bajo de los dos.

-Capitán -le dijo Hoox.

-Almirante. Señor -casi susurró el capitán, no queriendo que las demás tropas le oyesen-. Le comunico que sus órdenes han sido obedecidas y el bacta está preparado. Presumo haber identificado al paciente. Solicito órdenes respecto a su... ¿invitada?

-Ella no es una invitada -dijo Hoox, y después alzó su voz para que todas las tropas pudieran oírle-. Es una prisionera. ¡Es Sanui! ¡Prendedla!

Esas palabras fueron un vibrofilo en el alma de Seiza, un millón de veces peores que la mente de Manendra, que la espada de Ksar, que la traición de Ashla... Jamás en su vida se había sentido tan dolida.

Pero no por eso se iba a rendir. Seiza Sanui no era de las que se rinden. Rápidamente, llevo la mano hacia el cinturón para coger su sable.

Su sable.

No estaba en su cinturón.

Para cuando fue consciente de esto, miles de soldados de asalto estaban apuntándole. Habían roto la formación original en forma de cuadrado, y ahora eran una serie de círculos concéntricos, todos ellos centrados en Seiza. Los soldados más próximos, a dos metros y medio de ella, se habían puesto de rodillas, de modo que los de atrás también podían apuntar.

Seiza levantó las manos.

Uno de los soldados se acercó a ella por detrás y la agarró por las muñecas. Se las unió a la espalda con algo que no parecían esposas magnéticas (¿Qué eran?). Un pelotón entero de soldados la empujó, obligándola a avanzar hacia

donde ellos la dirigieran.

Camino de una puerta, pasaron a unos diez metros de los oficiales de mayor rango. Hoox daba la espalda a Seiza, como para mirar al capitán.

-¡Hoox! -gritó Seiza, enfurecida-. ¡Hoox, ten la decencia de mirarme!

-Silencio -ordenó uno de los soldados de asalto.

-¡Hoox, mírame! -insistió Seiza.

Hoox no la miró.

No podía.

Estaba a punto de echarse a llorar.

Fin del décimo sexto capítulo

CRÉDITOS

Star Wars: In nomine stellaris.

Una publicación independiente de Vanesa Pizarro y Jorge J. Rodríguez para www.loresdelsith.net y www.sithnet.com

Para contactar con los autores escribe a: in_nomine_stellaris@hotmail.com

© 1999 de los autores.

Star Wars - La Guerra de las Galaxias es © 1977 de George Lucas.

Impreso en España - printed in Spain.